

chers, ah! Bon Dieu, mais chers. Je te donnerai ce qui te plaira, et tu n'auras qu'à t'amuser. Tiens, les plafonds seront dorés si tu veux.

Un étonnement joyeux arrondit la bouche de Noa.

—Dorés, dit-elle doucement, dorés...

Finocle contemplait avec orgueil le sourire de sa fille et souriait aussi. Elle mit un peu de poudre pour effacer les traces de ses larmes. Comme le chagrin lui avait un peu congestionné la tête, elle se plaignit de la chaleur. Finocle alla ouvrir la fenêtre et ils entendirent un grand bruit d'imprecations. Penchés par la croisée, ils purent assister au déploiement des Italiens qui assiégeaient, à quelque distance, la maison des trois vieux. Craintive, Noa se serrait contre son père en risquant de temps à autre un regard timide par-dessus son épaule. Au plus fort du tumulte, les assiégeants se disloquèrent tout d'un coup et, par petits groupes, gagnèrent l'autre bout de la rue. Cruseo, après la dernière menace à la maison silencieuse finit par emboîter le pas aux derniers. Il marchait seul, en hochant la tête, et l'on pouvait, à sa mimique, deviner qu'il était dans une grande colère. Par hasard, il leva la tête en passant sous la fenêtre de Finocle, vit la jeune fille à côté de son père et, pendant plusieurs secondes, resta nez en l'air à la dévisager. Finocle en eut quelque impatience et lorsqu'un instant après, il vit le jeune homme revenir sur ses pas en regardant Noa, il ne put se tenir de l'interpeller sévèrement. Cruseo tira galamment son feutre vert et répondit en souriant:

Finocle tira Noa en arrière et, sans écouter la suite, ferma la fenêtre avec un grognement furieux.

—C'est joli, dit Noa, comme il a causé. Le matin du soleil...

—C'est un imbécile, repartit Finocle en fronçant les sourcils d'un air soucieux.

## Traducción de César Vallejo

### III

El domingo por la mañana, un taxímetro desembocó en la calle por el lado de la *Fuente*. Cruseo, recostado en la casa que daba frente a la de los tres viejos, fue el primero en verlo.

Tras un largo debate y convencido de que nada podrían las injurias más violentas para alterar la calma de Mánú, Cruseo se resignó a comprarle su secreto. Así fue cómo se comprometió a quebrar una mandíbula aún desconocida, bajo juramento. Además, Cruseo garantizaba el cumplimiento de esta promesa dejando en poder de Mánú un reloj de plata de bolsillo, hasta la ejecución del contrato. Al día siguiente, a mediodía, Cruseo, acompañado de un amigo que iba armado de un mango de azada, fue a reclamarles su amiga a los tres viejos, trémulos de miedo y de buena voluntad.

El regreso de la Jimbre al domicilio de Cruseo tuvo lugar con cierta solemnidad. Toda la calle, con gran hilaridad, apreció debidamente el espectáculo. Remangadas las faldas hasta arriba, la pecadora avanzaba con paso vivo, empujada a puntapiés por su amante, que le daba en la espalda con el mango de la azada, gritándole que era una perra, una puerca y que todos los demonios del infierno habían inspirado al último de los puercos para tener comercio con la perra de su madre.

Poniéndose en el caso de que la Jimbre pudiese sentirse lastimada por alegatos tan graves, Cruseo tomó la costumbre, cada vez que se ausentaba, de encerrarla con doble llave. Sus ausencias eran de una a dos horas todas las mañanas y motivadas por las curaciones que le hacían en la herida de la mano. Al volver de la clínica no dejaba de pararse un momento ante la casa de los tres viejos, para insultarlos a sus anchas. Con las puertas y las ventanas bien cerradas, se cuidaban muy bien los viejos de responder, espantados y, a la vez, golosos de semejantes apóstrofes de odio, cuya obscenidad, infinitamente ingeniosa, azotaba y rascaba sus ardores seniles.

El taxi pasó en el momento en que Cruseo terminaba su arenga, pidiendo al destino que el sexo del diablo estallase algún día en los intestinos de aquellos tres cabrones moribundos. El coche avanzaba lentamente, a causa del barro espeso y cenagoso. Cruseo, al volver a su casa, habría avanzado más que el automóvil. El italiano iba a paso rápido, enardecido aún por su elocuencia, y, al pensar en los felices tragos que se le habían escapado últimamente, se engolfó tanto en sí mismo, que el equipo del automóvil no alcanzó a despertar su curiosidad. Ya estaba enfrente de la casa de Minche, cuando el taxi se detuvo bajo las ventanas de Méhouf. Cruseo lanzó una mirada por encima del hombro, vio bajar a un desconocido y corrió hacia la *Esquina de los descamisados*. Al llegar a su casa, se quedó asombrado al encontrarse con la puerta entreabierta. Aquella puerta a medio abrir fue para él un signo. Se apresuró inmediatamente a buscar a su prisionera, y no la halló. Después de comprobar que la cerradura había sido levantada desde dentro, Cruseo rugió cuanto pudo, llamó a todos los italianos de la calle, diciendo que la muchacha se había, sin duda, escapado bajo la capa del diablo, para que nadie en la vecindad se hubiese dado cuenta de su fuga. No dudaba, por lo demás, que volvería a hallarla en casa de los tres viejos, y, llevándose consigo a todos sus compañeros, partió corriendo y furioso por el lado de la *Fuente*.

Bajo la cama, la Jimbre oyó perderse a lo lejos el vocerío de la banda. Juzgando el momento propicio, salió de su escondrijo y se lanzó a la calle. A cuatrocientos metros de allí, Cruseo y sus hombres armaban un gran jaleo ante la puerta de los tres viejos, que, por fortuna, se habían parapetado tras formidables barricadas. Los italianos estaban demasiado ocupados por la cólera para darse cuenta de que, en ese momento, salía una silueta de mujer

por el lado de la *Esquina de los descamisados*. La Jimbre no tenía más que dar unos cuantos pasos para ponerse al abrigo de todas las miradas. Al llegar a la esquina de la calle se cruzó con Minche y Mánú, que volvían de jugar a las cartas con los inspectores de policía. Con mucha audacia, la Jimbre se detuvo, les dio la mano y le dijo a Minche, relamiéndose:

—Si ves a Cruseo antes de mediodía, dile que no me espere a almorzar. No quisiera que estuviese inquieto.

Minche prometió cumplir el encargo y siguió su camino con Mánú. Al enterarse del motivo del tumulto que llenaba el otro extremo de la calle, la mujer de Johannieu, que pasaba por allí a la sazón, les dijo:

—Es Cruseo, con los otros italianos. Están diciendo que van a dar de comer a los perros las tripas de los tres viejos. Yo no sé por qué. Quizá sea tan sólo una manera de hablar. Pero parece que están muy enfadados. A mi parecer, es seguramente una historia de mujeres. Esos viejos, también, son más cochinos que los mozos...

A medida que se aproximaban, los dos hombres se apertebían mejor de la gravedad de los hechos. Por de pronto, se podía ver de lejos que allí se preparaba una carnicería importante. Los italianos golpeaban la puerta con azadas. Minche se inclinó hacia Mánú y le dijo:

—Corre al café de las Tres Bolas y diles lo que pasa. Eso es siempre interesante para ellos y, además, también lo será para ti.

Mientras Mánú se alejaba a la carrera, Minche se dirigió hacia la *Fuente*. Un tanto apartado del grupo furioso, a causa de la herida de su mano, Cruseo, con los ojos negros de ira y las mejillas ardiendo, dirigía las operaciones de asedio. Gritaba en italiano que el impudor de aquellos tres viejos ofendía a la virginidad de la Virgen, a la que él consagraba ya sus virginidades vergonzantes, simulando afilar la hoja de su cuchillo. Como la puerta era demasiado estrecha para que todo el mundo pudiese operar sobre ella, los que no tenían nada que hacer acompañaban a coto las maldiciones de Cruseo, añadiendo otras muchas de su propia inspiración. Los curiosos acudían de todas partes y la multitud aumentaba por instantes. Minche se acercó a Cruseo con prudencia y le interrogó sobre la causa del tumulto. Arrebatado por la cólera del momento, Cruseo lanzó por respuesta, en su lengua maternal, una serie de explicaciones que el otro no entendía. Después, como le faltase el aliento, tuvo tiempo de enjugarse el sudor de la frente. Temiendo haberle irritado y queriendo hacerse perdonar su indiscreción, Minche aprovechó el momento para decirle por lo bajo y en tono de solícito compañerismo:

—Acabo de encontrar a tu mujer. Me ha dicho que te diga que no la esperes a almorzar y que no te inquietes.

Cruseo conoció entonces la emoción del viajero a quien un plácido jefe de estación le dice que se ha equivocado de tren. Con su brazo sano sacudió al gordo Minche y gritó:

—¿Qué dices?

—Te digo que he encontrado a tu mujer y que me ha dicho...

—¡Pues yo te digo que está ahí dentro, en casa de los viejos!

—Bueno. Entonces yo soy un...

Había que inclinarse ante la verdad. Cruseo advirtió a sus compañeros de lo que sucedía y, por consejo de Minche, les dio orden de dispersarse inmediatamente. El mismo Cruseo abandonó la *esquina de la Fuente*, no sin informar antes a los tres viejos de que daría cuenta de ellos el día menos pensado. Cruseo se había acostumbrado ya a la idea del suplicio de los viejos, y le costaba trabajo olvidarla.

Los dos Méhoul, Finocle y su hija Noa, estaban reunidos en la cocina. Sentada junto a la mesa, Noa examinaba con espanto la miseria de la casa, esforzándose por sonreír a los dueños. Era una joven delgada, de diez y ocho años, bonita, de cabellos negros y rizados y cutis mate. La mirada de sus ojos glaucos, un tanto oblicuos, muy parecidos a los ojos de Finocle, añadía a su figura una juventud extraña, un encanto infantil. En medio de la cocina destartada, bajo las ansiosas miradas de los Méhoul, se decía que aquella joven de ojos asombrados, inmóvil, con su traje de seda escarlata, era una princesa bárbara, poseída por un destino misterioso.

Finocle estaba aún recostado contra el muro y tenía en la mano la maleta. El hombre contemplaba a su hija con expresión inquieta, llena a la vez de temor y devoción. La Méhoule, con las manos juntas sobre el delantal y la cabeza medio inclinada sobre los hombros, se extasiaba en una muda admiración ante Noa, ávida de prodigarle todos sus cuidados. Al ver las miradas inquietas de la joven, que escrutaba el desorden de la cocina, La Méhoule tuvo vergüenza de la suciedad de la casa. Por primera vez, el olor de la miseria le subió hasta las narices. Con acento de embarazo trató de excusarse ante Noa, diciendo:

—Pobre señorita, perdone usted la casa. Claro está que yo tengo la culpa. Pero imagínese que me veo apurada con un hombre y un hijo perezosos como ellos solos.

Noa adivinó en las inflexiones enternecidas de aquella voz la buena voluntad de La Méhoule, y trató de paliar la vergüenza de la vieja con una sonrisa amistosa. Méhoul, irritado por las incitaciones de su mujer, se defendió en tono arrogante:

—¿De dónde sacas que yo sea un haragán? ¿Querrás, a lo mejor, que sea yo quien haga la limpieza de tu cocina? Todas las mujeres son la misma sarna. No sirven sino para gastar las perras que uno gana con tanto trabajo. ¡Valientes gusanillos!...

Finocle, herido en su orgullo paternal por una fórmula de reprobación tan general, lanzó sobre Méhoul una mirada casi feroz, que puso fin, de golpe, a su discurso. La Méhoule no estaba menos escandalizada, y se lo hizo entender claramente a su marido, diciéndole sin ambages que era un viejo animal y sucio como ninguno.

—Este hombre —dijo la vieja a Noa con voz de clarín— no vale una perra gorda. Mala boca y todo. No metece más que odio. Mal educado. Más limpio es mi trasero.

Noa la oía con la cabeza inclinada, sin atreverse a interrumpirle, mientras Méhoul se mordía la lengua en el rincón de la estufa, mirando a su mujer con ojos rencorosos. Felizmente, La Méhoule puso fin a la turbación de la joven, pensando que tal vez ésta no habría tomado nada aún. Finocle le respondió que no se preocupase, pues se podía esperar muy bien a la hora del almuerzo. A lo sumo, Noa podría tomar ahora algo caliente. La Méhoule dijo que, en efecto, iba a prepararle una infusión. Buscó en la alacena y, enarbolando una botella, le gritó a su marido:

—Corre, pronto, a buscar un litro de ron.

La Méhoule sostenía la botella con el brazo estirado y agarrándola por el gollete. De pronto no le quedó en la mano más que el gollete. Méhoul acababa de quebrar la botella de un garrotazo. El viejo presentó sus excusas a Finocle, apelando a su comprensión de las cosas. La Méhoule le había ya colmado las medidas y él no estaba acostumbrado a que le tratasen de aquel modo. Ante el garrote, aún amenazador, de su marido, La Méhoule tuvo un sentimiento grave de la realidad. Aventuró algunas bromas sobre la susceptibilidad del viejo, y ofreció una taza de vino caliente. Precisamente había en la casa todo lo necesario para prepararlo.

—Mientras caliente el vino —dijo La Méhoule— pueden ustedes ir a su cuarto a dejar las maletas.

Una vez que Méhoul se aseguró de que Finocle y su hija estaban en el cuarto del fondo, le dijo a su mujer, encogiéndose de hombros:

—Pero ¿tú has visto? Traje de seda, pulseras de oro...

Pero La Méhoule no estaba dispuesta a asentir y le suplicó con una mala fe irónica:

—¿Por qué no le compras también pulseras a Mânú?

El viejo tuvo entonces una risa de desprecio que dio un sentido preciso a sus palabras:

—¿Pero es que te crees tú que es su padre el que le compra todo eso?

El cuarto del fondo, transformado por Finocle, había adquirido un confort relativo. Antes de traer a su hija, Finocle había hecho llevar a casa de Méhoul algunos muebles, que él mismo se ocupó en ordenar y distribuir por el cuarto. Este estaba ahora dividido por un biombo en dos partes desiguales, la más espaciosa de las cuales, que comprendía la ventana, fué dedicada a Noa. Entre la cama de la joven y el biombo había una estufa blanca. Un gran armario de luna, colocado junto a la ventana, una mesa cuadrada, unas sillas, un sillón y una mesa de tocador completaban el moblaje. Después de dejar las maletas en el suelo, Finocle echó sobre el conjunto una mirada satisfecha. Noa, con aire grave, examinó la habitación. Silenciosa, la finosomía siempre impasible, avanzó hasta la ventana y pareció contemplar, absorta, la calle. Finocle, inmóvil en medio de la pieza, esperaba con ansiedad la opinión de su hija sobre el cuarto. En presencia de ella, se sentía poseído de una timidez extraordinaria. Consideraba con una admiración tierna e infinitamente respetuosa la belleza de Noa, su voz, sus menores movimientos, como un sacerdote atento y deslumbrado ante un milagro perpetuo. A través de su existencia llena de correrías inconfesables, al margen de la ley, su hija fué siempre para él el único bien que nadie podía negarle y que él podía defender ante los hombres, desde el terreno de éstos y moralmente. Sobre todo, Finocle descubría a su hija en un momento en que la edad agotaba ya su inventiva y sus curiosidades de aventuras. Hasta entonces, su vida había sido hartamente agitada para que pudiera dedicar a Noa mucha atención, y todos sus cuidados se reducían a asegurarle la existencia material. A raíz de su última aventura, que le tuvo lejos más de dos años, sintió por ella, al volverla a ver, una especie de asombro enternecido, y en los tres días que precedieron a la mudanza a casa de Méhoul su corazón se abandonó al milagro de esta hermosa criatura que él había engendrado a la orilla del Océano hacia diez y nueve años.

Noa se alejó de la ventana y dio unos pasos al azar. Padre e hija se encontraron frente a frente, y Finocle vió brillar unas lágrimas en los anchos ojos claros de Noa. Conmovido, Finocle tendió las manos en un movimiento de humilde protección. Ella volvió la cabeza, rompió en sollozos y se dejó caer en el lecho, cubriéndose el rostro con ambas manos. Con una voz infantil, que los sollozos hacían más lastimera, repetía desesperada:

—¡Papá! Quiero volver al burdel. Quiero volver... Yo no me quedo aquí...

Lívido, Finocle se desplomó en una silla. Nunca, en toda su perra vida, había oído nada por el estilo. Con los brazos caídos, la boca entreabierta, oyó unos instantes la queja de rebeldía de su hija, en la que resonaba sin cesar la misma palabra maldita. A la larga, Finocle sufrió tanto, que lanzó un gemido. Después pareció despettar, y una llama lúcida iluminó sus ojos. Y dijo con voz autoritaria:

—Cállate en seguida, o te doy un golpe.

Inmediatamente, las quejas y los sollozos cesaron. Noa lloró en silencio, con la cara hundida en la almohada.

—Vamos —ordenó Finocle—. Levántate y mírame. Bueno. No quiero oírte hablar más de todas esas cosas. ¿Me oyes? Hagamos la cuenta de que has estado enferma seis meses, y no toquemos eso nunca, nunca. Cuando te he encontrado allá, yo no te he hecho el menor reproche, porque comprendo que no fue culpa tuya. Pero no me hables más de eso. Ni siquiera pensar más. Se acabó. Si los dos estamos ahora aquí, es por ti. Solo, me habría ido ya a otro país, donde estaría seguro o, al menos, lo habría intentado. Pero yo no quería dejarte allí ni una semana más y he escogido este rincón para pasar desapercibido, hasta que podamos irnos a otra parte. De momento no podemos. Ya sé que la casa es triste, pero tampoco tengo intención de que nos quedemos aquí. Apenas llegue el otoño, y tal vez antes, para el verano, nos iremos. Paciencia. Supongo que tú no estás destinada a llevar esta vida, ni a casarte con un obrero que apeste a sudor y vino tinto, una vida sucia y rutinaria. Para eso, más valdría dejarte donde has estado. Lo que yo quiero es que seas feliz y hontada. La honradez, yo la he visto en todas partes y sé cómo se hace eso. El año que viene tendrás un automóvil y el marido que quieras escoger, y

si no te hace feliz, yo me las arreglaré con él. Dinero no te faltará. Yo velaré a tu lado siempre. Ya ves, no hay que llorar más.

Noa se enjugó las lágrimas, un tanto consolada. Tuvo aún un sollozo nervioso, y murmuró:

—La señora me había prometido que, después que se fuese Regina, la alta, me daría a mí la habitación azul.

El rostro de Finocle se ensombreció. Celoso del ama, sus ojos brillaron con un relámpago de odio bajo los párpados entornados. Con voz entrecortada dijo:

—¿Te ha prometido la habitación azul? Pues yo te digo que el año que viene tendrás habitaciones de todos los colores, tapices con felpas largas como un brazo, surtidores, loros y muebles carísimos, ¡ah!, muy caros. Yo te daré todo lo que quieras, y tú no tendrás que hacer más que divertirte. Mira, el techo será dorado, si quieres.

Un asombro regocijado redondeó la boca de Noa, que respondió suavemente:

—Dorado... Sí... Dorado.

Finocle contempló con orgullo la sonrisa de su hija, y también sonrió. Noa se puso unos pocos polvos para borrar las huellas de sus lágrimas. Como la pena había congestionado un tanto sus mejillas, se quejó del calor. Finocle fué a abrir la ventana y se oyó un gran alboroto de imprecaciones. Al asomarse a la ventana asistieron a la movilización de los italianos que sitiaban, a cierta distancia, la casa de los tres viejos. Atemorizada, Noa se refugió en brazos de su padre, arrojando de cuando en cuando unas miradas por encima de sus hombros. En lo más álgido del tumulto, los asaltantes se dispersaron de pronto y, en pequeños grupos, avanzaron hacia el otro extremo de la calle. Cruseo, después de lanzar la última amenaza a la casa silenciosa, acabó por seguir a los demás. Avanzaba solo, moviendo la cabeza, y se adivinaba, por su mímica, la gran cólera que le poseía. Sin darse cuenta, levantó la cabeza al pasar bajo la ventana de Finocle. Vio a la joven junto a su padre y, durante unos segundos, permaneció con la nariz en alto, mirándola. Finocle empezó a impacientarse, y cuando, unos instantes después, vió al mozal-bete volver sobre sus pasos, sin despegar los ojos de Noa, no pudo contenerse y le interpeló severamente. Cruseo se quitó galantemente el sombrero de fieltro verde y respondió sonriendo:

—Muy buenos días, señor, y mis respetos a la señorita, su hija, que es más bella que una mañana de sol en la montaña en flor...

Finocle tiró de Noa hacia adentro y, sin escuchar el resto, cerró la ventana con un gruñido furioso.

—¡Qué bonito —dijo Noa— lo que ha dicho! Una mañana de sol...

—Es un imbécil —replicó Finocle, frunciendo las cejas con aire preocupado.